

EL DIARIO MONTAÑÉS  
Viernes 15.03.19 N°458

# SOTILEZA

Käthe  
Kollwitz

Bertolt  
Brecht

Stefan  
Zweig

Marlene  
Dietrich

Ernst  
Jünger

Carola  
Neher

Elsa  
Lasker-  
Schüler

Gabriele  
Tergit

Albert  
Einstein

Egon  
Erwin  
Kisch

Frederick  
Hollaender

Billy  
Wilder

Otto  
Dix

Sylvia  
von  
Harden

Valeska  
Gert

Alfred  
Polgar

1922 · 1934

## Un café en ebullición

Intelectuales y artistas enfrentaron grandes dilemas y conflictos en el periodo de entreguerras. Muchos se reunían en el Romanisches Café, en Berlín

Por Mada Martínez

# El último refugio

El Romanisches Café de Berlín era un hervidero. Allí, artistas e intelectuales convivieron entre los posos de la Gran Guerra y el ascenso del nazismo

RETRATO  
ENSAYO

MADA  
MARTÍNEZ



Joseph Roth llegó a Berlín a finales de 1922 para ganarse la vida escribiendo en una ciudad que, por entonces, era el epicentro periodístico de Alemania. Trabajó en diarios locales y, más adelante, como corresponsal del 'Frankfurter Zeitung', un puesto que le llevó a viajar por el continente. A pesar de los desplazamientos, mantuvo su centro de gravedad en Berlín.

Roth, que necesitaba del murmullo, del ruido y del alcohol para concentrarse, escribía en los cafés, envuelto en humo, sorbiendo aguardientes. Era habitual verlo en una mesa en el Romanisches Café, en la avenida Kurfürstendamm. Conoció reportajes, reseñas y sus primeras novelas en aquel local, que no era el mejor del Berlín de entreguerras, pero sí uno de los más concurridos; un café

con personalidad, lámparas de hierro, mesas de mármol y percheros que parecían palmeras; un lugar alfombrado de colillas. El café que allí se servía era un líquido aguado, flojo, pero el ambiente burbujeaba.

En ese lugar de contrastes se sentaba a escribir y a beber Joseph Roth. Afuera, tras las cristalerías, la ciudad también bullía: en el periodo de entreguerras Berlín fue una ciudad de gran actividad artística, intelectual y periodística. Se abrían cines, librerías y cafés —no todos con tanto éxito como el Romanisches—, se celebraban tertulias, la gran Valeska Gert revolucionaba la escena con sus actuaciones, había decenas de diarios..., también mucha inflación. Fue una etapa de con-

trastes: mientras los ecos de la Gran Guerra se iban disipando, en el horizonte asomaban ya los destellos del nazismo. En medio, Berlín ejercía como una especie de faro.

Sobre Roth y los intelectuales, doctor en Filosofía y Letras, dirige las áreas de Español y Estudios Culturales en el Centro de Idiomas y Filología de la Universidad de Ulm. El libro aporta muchísimo contexto para comprender este tramo de la historia, la República de Weimar, y además establece distintos lazos entre sus protagonis-

tas, revela anécdotas, reconstruye la vida en la ciudad. Por sus páginas circulan Otto Dix, Bertolt Brecht, Alfred Döblin, Käthe Kollwitz, Else Lasker-Schüler, Walter Benjamin, Heinrich Mann, Albert Einstein, Gabriele Tergit, Carola Neher o Josep Pla. Todos atravesaron la puerta giratoria del Romanisches para charlar o discutir, para escribir, leer, emborracharse, o quizá para hacer todo eso en la misma tarde.

Aquel café fue un espacio de encuentro. «Europa está compuesta de cafés», escribe George Steiner en 'La idea de Europa', «el café es un lugar para la cita y la conspiración, para el debate intelectual y para el cotilleo, para el 'flâneur' y para el poeta o el metafísico

con su cuaderno. Está abierto a todos; [...]. Una taza de café, una copa de vino, un té con ron proporcionan un local en el que trabajar, soñar, jugar al ajedrez o simplemente mantenerse caliente todo el día»

El Romanisches también era un espacio para el encuentro y la mezcla entre berlineses y extranjeros, un lugar de acogida, incluso una oficina de empleo. «En el caso del Romanisches Café, (casi) todo el mundo podía entrar, incluso sentarse a una mesa ocupada y participar de la conversación. Era el lugar donde se podía debatir, intercambiar ideas, sentir, encontrarse con amigos y rivales; el sitio también donde los berlineses podían mezclarse con los que venían

de fuera, con los corresponsales extranjeros y con los emigrantes 'culturales' de la provincia alemana y de Centroeuropa. Porque para estos, el Romanisches era un lugar de acogida: aquí llegaban con una tarjeta de visita en busca de ocupación, o para relacionarse», explica Uzcanga. Por ejemplo, está el caso del cineasta Billy Wilder, quien nada más llegar a Berlín procedente de Viena, se fue directamente al Romanisches para ver si alguien le echaba una mano.

Este Café, añade Uzcanga, «era el núcleo de lo que hoy llamaríamos 'multiculturalismo'; se convirtió en el microcosmos de una ciudad que aprendía a ser cosmopolita. Y en el símbolo de todo lo que los nazis odiaban. Porque los motivos por los cuales el café atraía a los, digamos, 'espíritus libres', eran los mismos que los que provocaban el rechazo de los nazis». Y si hubo un nazi que odió abiertamente el Romanisches y todo lo que en él sucedía fue Joseph Goebbels, quien fue ministro de Propaganda con Hitler. Goebbels, a mediados de la década de 1920, se debatía entre la frustración literaria y laboral. Eso contribuyó a su odio hacia judíos, liberales e intelectuales. Des-

pués, solo halló respuesta en la doctrina nacionalsocialista. Para Goebbels, el Romanisches encarnaba todo lo que despreciaba.

Para sus habituales, en cambio, era un lugar donde palpar vanguardias y libertades. Había muchas mujeres en el Romanisches, si bien, recuerda Uzcanga en su libro, no todos las miraban con aprobación. Por el Café pasaban la escritora Else Lasker-Schüler, las escritoras Käthe Kollwitz o Renée Sintenis, o la actriz y cantante Valeska Gert. Ellas organizaban tertulias literarias, se sentaban solas o en grupo, fumando, bebiendo o leyendo.

**Periodistas, intelectuales** Uzcanga también ha traducido, seleccionado y prologado los textos de otro título que acerca a esta época: 'La eternidad de un día. Clásicos del periodismo literario alemán (1832-1934)'. En esta antología están Heinrich Heine, Rosa Luxemburg, Robert Musil o Ernst Bolch. Sus textos llegan hasta la República de Weimar, retratan muchos momentos convulsos.

¿Qué ve Uzcanga en este tramo de la historia? «Me atrae

primero el hecho evidente de que fue un periodo extraordinario desde el punto de vista artístico, literario y periodístico. Yo creo que hubo algo de generación espontánea, esto es, un 'no sé qué' impredecible e inexplicable, pero también un lugar que supo aglutinar ese talento». Y añade a modo de reflexión: «Pero además del interés por la calidad literaria, me atrae también el hecho de que muchos de esos escritores y periodistas se volcaron para combatir el nazismo. El resultado son unos textos que aún hoy la calidad literaria con el compromiso político y social,

pero a años luz de ser panfletos propagandísticos».

Uzcanga apunta aquí a los 'folletinistas' que «se vieron obligados a convertirse en periodistas comprometidos, en muchos casos, a su pesar». Muchos periodistas rondan las páginas del libro de Uzcanga. «En el Romanisches Café era muy frecuente ver a gente de la prensa: comentaristas políticos, críticos de arte y de teatro, redactores culturales, cronistas deportivos y de sociedad, corresponsales extranjeros... En las páginas de sus diarios se

enfrentaban unos con otros, pero aquí se mezclaban, se sentaban juntos ante un café o una cerveza [...].»

## El final

En 'El café sobre el volcán' se reivindica el papel de estos intelectuales y periodistas. ¿Tenían esa capacidad de influir; la han perdido hoy en día? «Era una capacidad de influir limitada», reflexiona Uzcanga, «la prueba es que esa generación tan brillante y comprometida no logró evitar el nazismo, y acabó en el exilio, en campos de concentración o suicidándose. Es que, en el fondo,

solo escribían para una minoría. 'Die Weltbühne', la revista en la que publicaban muchos de los autores que aparecen en 'La eternidad...' y la mayoría de los de 'El Café...', nunca vendió demasiados ejemplares. Sus artículos son muestras admirables de periodismo político y social, de gran calidad literaria, pero que poco pudieron hacer contra la maquinaria propagandística de Goebbels, que martilleaba mensajes simplistas, machaconamente repetidos en unas pocas variantes, y por eso mucho más efectivos (una muestra más de lo peligroso que es la demagogia y el populis-

mo). Sí, es posible que con el tiempo se haya ido perdiendo aún más la capacidad de los periodistas e intelectuales de influir en la sociedad, pero es que, en mi opinión, siempre ha sido relativa».

El nazismo continuó su avance y provocó otra gran guerra, un genocidio, una gran herida. Las últimas páginas de 'El café sobre el volcán' son escalofriantes, narran cómo se truncaron las vidas de tantísimos clientes del Romanisches, muertos o exiliados. Tampoco el Café existe ya: una bomba del bando aliado acabó con él.

«Ha llegado el momento de irnos. Quemarán nuestros libros, pensando en nosotros. Si uno se llama Wassermann, Döblin o Roth no puede esperar más. Tenemos que marcharnos, para que sólo prendan fuego a los libros». Un amigo de Joseph Roth recogió el testimonio del autor austriaco, enunciado en junio de 1932. Muchas de estas reflexiones quedan recogidas en 'La filial del infierno en la Tierra. Escritos desde la emigración'. Porque poco después de aquellas palabras, Roth abandonó Berlín. Un poco más tarde, sus libros ardían en las calles.

La voz de Gabriele Tergit se alza en medio del bullicioso Berlín de entreguerras. Es la voz de una periodista y escritora crítica, inteligente, mordaz; la voz de una berlinesa que conoce las calles y pasadizos de su ciudad como la palma de su mano. Tergit (Berlín 1894-Londres 1982) alcanzó el éxito durante la República de Weimar. Con 'Käsebieter conquista Berlín' (1931) alcanzó un récord de ventas.

En esa obra, recuperada en España hace unos años por 'editorial minúscula', también se describe el Café Romanisches, su atmósfera llena de humo, sus suelos sucios, sus mesas llenas. «A Berlín llega la gente para buscar trabajo, hacer música, películas, para pintar, hacer tea-

trabaja y se pelean entre sí», escribe. Uzcanga cuenta la vida y trayectoria de la autora berlinesa en 'El café sobre el volcán'; cuenta cómo despuntó en los centros educativos por los que pasó y cómo tuvo que romper costuras y vencer prejuicios para ello. En la universidad estudió ciencias y humanidades y se doctoró. «En esos años universitarios, Tergit publicó su primer artículo, una crónica de su año de servicio femenino durante la guerra. Lo firmó con un pseudónimo: en realidad se llamaba Elise Hirschmann». Trabajó en diversos periódicos. En el 'Berliner Tageblatt' cubrió asuntos judiciales. «Las crónicas que escribió en esos años causaron sensación. Y eso que rehuía los casos espectaculares y evitaba todo tipo de

sensacionalismos. Prefería ocuparse de los pequeños delitos cometidos por carteristas, vagabundos, prostitutas y criadas», escribe Uzcanga. Sus textos siempre fueron críticos con las injusticias, y sensibles a la realidad de las mujeres. «Su obra periodística ofrecía una síntesis de la época».

Después escribió 'Käsebieter...', donde cuenta el ascenso y caída de un cantante encumbrado por la prensa, manipulado y convertido en mercancía publicitaria, un texto que funciona como anticipo de la sociedad de masas. Hace años, el libro se publicó de nuevo en Alemania. La

voz de Tergit volvió a resonar, señalando asuntos irresueltos en la sociedad. En el diario 'Der Spiegel' se publicó lo siguiente: «A pesar de que han transcurrido más de 80 años desde su publicación, la novela se lee como si se hubiera escrito en la actualidad. De hecho, casi todos los personajes podrían también vivir en el Berlín de nuestros días. Es antes que nada una novela sobre Berlín, sobre el ritmo de la vida urbana y el escepticismo que comporta, sobre los vaivenes de la existencia [...]». Tergit, judía, tuvo que exiliarse con la llegada de los nazis al poder.



Gabriele  
Tergit



**EL CAFÉ SOBRE EL VOLCÁN**

Autor: Francisco Uzcanga.  
Editorial: Libros del K.O. 224 páginas.  
España, 2018. Precio: 15,9 euros.



**KÄSEBIER CONQUISTA BERLÍN**

Autora: Gabriele Tergit.  
Editorial: Minúscula. 384 páginas.  
España, 2010. Precio: 22,5 euros.



**LA ETERNIDAD DE UN DÍA**

Autor: VV. AA. (edición F. Uzcanga).  
Editorial: Acantilado. 408 páginas.  
España, 2016. Precio: 20 euros.



**LA FILIAL DEL INFIERNO EN LA TIERRA**

Autor: Joseph Roth.  
Editorial: Acantilado. 208 páginas.  
España, 2012. Precio: 9 euros.